

DONATELLO

Sensiblemente más joven que Ghiberti y que Jacopo della Quercia, DONATELLO (1386?-13 de diciembre de 1466), que domina todo su siglo con su poderosa personalidad, es el artista, por excelencia, de temperamento fogoso que no retrocede ante ninguna audacia.

Sin embargo, sería hacerse una idea muy falsa de él si se imagina se como habiéndose impuesto de golpe por obras revolucionarias.

Sus comienzos, al contrario, fueron perfectamente prudentes. Los hizo en calidad de marmolista en las canteras del domo de Florencia, donde trabajaban muy buenos escultores, de los cuales el más representativo es NANNI DI BANCO (?-1421). Una estatua como el San Lucas de este último muestra la elegancia y el refinamiento de que eran capaces estos artistas.

También Donatello comenzó por una búsqueda del preciosismo: el David que, un poco después de los veinte años, talló para un contrafuerte de la catedral, está realizado al modo de las estatuas griegas, y su cabeza coronada de yedra se ofrece, con su belleza convencional y sus ojos sin pupilas, ^{como} un pastiche bastante ingenuo de lo antiguo.

Muy pronto, sin embargo, el principiante supo desembarazarse de estos amaneramientos, y entre los 25 y los 30 años da, una tras otra, dos obras maestras, el San Juan evangelista del domo y el San Jorge de Or San Michele, afirmando ambos un vigor de estilo que no encuentra par en las producciones de sus contemporáneos. Desde entonces Florencia podía enorgullecerse de un gran escultor, de un escultor que despertaba la admiración por el poderío de su temperamento, pero cuyas creaciones, fieles a una búsqueda de la belleza ideal, no implicaban ninguna ruptura brutal con las tendencias artísticas del momento.

Veinte años más tarde, en 1434-1435, este mismo escultor, muy cer-

ca de los 50 años, tallaba en mármol con entusiasmo su célebre Zuccone (el calvo), con cuerpo de atleta, rostro que es un retrato, ropaje de pliegues enormes cayendo de un solo golpe, actitud que, poco escultórica, sin asiento sólido, es la de una marcha suspendida por un instante. Obra de un realismo jamás sobrepasado después, y que cobraba en su época el sentido de una protesta contra las gracias del siglo XIV.

¿Cómo este artista, de tendencia francamente idealista en 1415, había llegado en 1435 a la persecución de un naturalismo tan completo? -Procuremos reconocer los factores que determinaron parecida evolución.

Es evidente que antes que cualquier otro agente debió intervenir el temperamento del artista, cuyo ardor, aunque disciplinado, aparecía ya en el San Jorge y en el San Juan Evangelista. Una dificultad surge, sin embargo, si se concede un poco de crédito a la anécdota de los dos crucifijos, tal como la cuenta Vasari: en la confesión: "A ti corresponde hacer Cristos, a mí campesinos", ¿no hay cierta amargura y el sentimiento de que la escultura de Cristos es un arte superior a la escultura esencialmente realista? Cuando tallaba en la madera su crucifijo de Santa Croce, Donatello conservaba aún el prejuicio del arte noble. Fue preciso, en consecuencia, que se ejerciesen influencias exteriores para librarlo de él y para ayudarlo a descubrirse a sí mismo.

Aunque pueda afirmarse cierta influencia de Jacopo della Quercia y de su íntimo amigo Brunelleschi, el gran maestro de Donatello ha sido la Antigüedad. Nada hay en ello de extraordinario. Desde hacía mucho tiempo los marmolistas florentinos copiaban más o menos llanamente los togati, es decir las estatuas romanas vestidas con una toga, de las que algunos modelos habían caído bajo sus ojos. Lo interesante no es, pues, el hecho mismo de la imitación de lo antiguo, sino el modo como Donatello lo ha imitado.